EL TIEMPO DEL SOLITARIO

SALVADOR GARCÍA RAMÍREZ
PROFESOR DE FÍSICA Y DIRECTOR DEL INSTITUTO
"STMA. TRINIDAD" DE BAEZA

Don Antonio, además de actual, es un escritor complejamente sencillo. Acotar nuestro estudio en una sola dimensión de las muchas que se derivan, no sólo de sus libros, sino también de su biografía, de su actitud vital, de su época, de su compromiso... se nos impone como algo absolutamente prometedor y difícil al mismo tiempo. Por infrecuente, espero que por poco explorado, y, por supuesto, por su relación con una magnitud que tanto interesa a los físicos, como es el tiempo, me voy a centrar en un aspecto de la vida del poeta que ha sido trascendental a la hora de observar e interpretar el mundo. Me estoy refiriendo a su concepción filosófica y vital del pasado, el presente y el futuro en lo que he denominado: El tiempo del solitario.

El tiempo del solitario entendido como la actitud, la opción, más o menos forzada, de cruzar en soledad una vida tan singular como la suya, *la bendita soledad de estar ausente* que nos evoca la presencia de su busto asomándose a Mágina para siempre; el tiempo del solitario entendido también como el análisis de una singularidad tan definitoria del autor como es su manera de entender el suceder de los acontecimientos. ¿Qué percepción del tiempo atraviesa los años y los poemas de Machado? ¿Cómo lo destila entre sus versos? ¿Cómo lo interpreta?

Machado llega a Baeza en el 1912. Además de dedicarse a pasear por "la ciudad moruna/ tras las murallas viejas", a solas con su sombra y con su pena, además de atender sus clases de francés en el Instituto, además de acudir a la tertulia de la rebotica, donde más que hablar escucha, además de rumiar sus versos, se dedica a estudiar latín y griego y a profundizar en la lecturas filosóficas hasta conseguir el título de licenciado en Filosofía y Letras en diciembre de 1918. Entre las especulaciones teóricas que descubre se encuentran las de un pensador francés contemporáneo: Henri Bergson (1859-1941) a cuyas clases pudo tener acceso en uno de sus viajes a París. Para cualquier persona que se acerque a la obra del poeta, la importancia del devenir temporal en sus versos no pasará desapercibida, lo que ya no le resultará tan evidente es el darse cuenta de que su concepción del tiempo estará muy influenciada por la época en que vive (Teoría de la relatividad de Albert Einstein a principios de siglo), en especial por las ideas de Bergson.

Henri Bergson sigue la tradición reflexiva y espiritualista francesa, cuyo paradigma es Descartes, pero con la peculiaridad de que hace suyos los resultados de la ciencia (el evolucionismo) y no minimiza para nada en sus reflexiones, la presencia del cuerpo y la existencia del universo material. Sin embargo, para defender, como Descartes, la libertad, se opone a la concepción mecanicista y determinista de los fenómenos psíquicos (positivismo), según la cual los estados de conciencia podían ser estudiados como si fueran "cosas" o "hechos" exteriores. Para Bergson, los fenómenos psíquicos tienen carácter cualitativo y no cuantitativo (por lo que no son medibles), y no pueden ser ordenados sucesivamente sino que se funden y penetran en una continuidad inseparable. De este modo, la "duración" de la vida interior no puede ser medida por el reloj, como se hace con el tiempo físico. De ahí derivan sus dos conceptos de tiempo:

a) El tiempo de la mecánica: consiste en una serie de instantes, uno junto al otro, como se aprecia en las sucesivas posiciones de las agujas del reloj. Se trata de un tiempo concebido espacialmente. Podría representarse mediante la imagen de un collar de perlas, todas iguales y externas unas a otras. A un

instante (cuenta del collar) le sucede otro y no hay un momento distinto a otro, más intenso o más importante. Es, pues, un tiempo homogéneo que, en cuanto tal, no logra dar razón de lo que es el tiempo de la experiencia concreta de nuestra conciencia. Podríamos incluso decir que por uniforme es un tiempo monótono y por monótono vacío.

b) El tiempo de la conciencia: de nuestra propia vida mental interior. Se caracteriza por la "duración". En el continuo fluir que es la duración de la conciencia, los momentos no son exteriores entre sí, ni se suceden unos a otros, sino que se fusionan y compenetran entre sí, componiendo una organización íntima de elementos, como las notas de una melodía, de modo que cada elemento representa al todo, y sólo se considera una unidad aislada por abstracción intelectual. De este modo, ciertos momentos del presente pueden soldarse o quedar ligados con otros del pasado, como demuestra la experiencia del remordimiento por el mal ya cometido. Una imagen: frente al collar de perlas, el tiempo de la conciencia sería un ovillo de hilo que crece conservándose a sí mismo.

Duración quiere decir, que el yo vive el presente conectándolo con el recuerdo del pasado y con la anticipación del futuro. Fuera de la conciencia el pasado ya no es, y el futuro todavía no existe. El pasado y el futuro únicamente pueden vivir en una conciencia que los fusione con el presente.

El tiempo de la conciencia es un tiempo heterogéneo, pues los instantes ya no son semejantes entre sí. Un instante puede valer una eternidad porque puede resultar decisivo para la vida. Hay momentos que parecen no acabarse nunca y, en cambio, otros periodos de tiempo se pasan enseguida.

Estas y otras reflexiones en las que nos detendremos, son las que inspiran la vivencia del tiempo en la poesía de Machado. Poesía que no es sino lucha de la palabra contra el tiempo implacable a fin de salvarse del olvido y de la muerte, apresando y eternizando lo fugitivo, pero dejando melancólicamente patente esa misma fugacidad de lo temporal, de lo concreto, de lo histórico, de lo vivido.

Precisamente, en el "Poema de un día" que escribe don Antonio en el invierno de Baeza, al año siguiente de morir Leonor, se encierra, en lírico contrapunto, la doble vivencia del tiempo: el homogéneo o "espacializado", que miden los relojes; y el heterogéneo, psíquico o interior, que pertenece a la conciencia.

Clarea
el reloj arrinconado,
y su tic-tac, olvidado
por repetido, golpea.
Tic-tic, tic-tic... Ya te he oído.
Tic-tic, tic-tic, el latido
de un corazón de metal.
En estos pueblos, ¿se escucha
el latir del tiempo? No
en estos pueblos se lucha
sin tregua con el reló,
con esa monotonía,
que mide un tiempo vacío.
Pero ¿tu hora no es la mía?
¿Tu tiempo, reloj, es el mío?
(Tic-tic, tic-tic)... Era un día
(tic-tic, tic-tic) que pasó,
y lo que yo más quería
la muerte se lo llevó.
Lejos suena un clamoreo
de campanas...
Arrecia el repiqueteo
de la lluvia en las ventanas.

Esta lluvia de Baeza repiquetea produciendo la misma sensación de hastío vital, de cansancio y monotonía expresada por los sonidos repetitivos del reloj. El poema termina así, haciendo referencia explícita a una obra de Bergson (*Los datos inmediatos de la conciencia*):

Hasta mañana, señores.
Tic-tic, tic-tic... Ya pasó
un día como otro día
dice la monotonía
del reló.
Sobre mi mesa "Los datos
de la conciencia, inmediatos
No está mal
este yo fundamental,
contingente y libre, a ratos
creativo, original;
este yo que vive y siente
dentro la carne mortal
¡ay! por saltar impaciente
las bardas de su corral.

En la lírica de Machado se entabla una lucha sutil contra el tiempo (no hay huida ni lugar para la impostura). Esta lucha no es tanto la producción de lo eterno en el tiempo, al modo de Unamuno, sino la reactualización del mismo, su "animación" interior continua. La reconquista del tiempo ya

◄ *Poema de un día*
1996
Juan Cuesta
Bajorrelieve en bronce
IES *Santísima Trinidad*
Fotografía de
José Luis Chicharro

^ *Vista parcial de Baeza*. 1913. Postal de Allberto Martín. Colección Narváez-Olivera

perdido y la conquista del tiempo por venir tienen que partir de la poética confesión de fe en la libertad que se expresa en el verso: "Hoy es siempre todavía". Pero el "todavía" del esfuerzo humano por dar sentido al tiempo, se encuentra en permanente conflicto con el "nunca jamás" del tiempo irremediable. Así se le escapa en una queja de Soledades (LVII):

> Hoy dista mucho de ayer,
> ¡Ayer es nunca jamás!

"Nunca jamás" es la expresión fatídica del destino, del pasado en lo que tiene de irrecuperable. Sin embargo, a Machado no le importa el pasado tal como acaeció, pues lo pasado en su facticidad es irreversible, sino los sueños del ayer, que se mantienen actualizados en un flujo incesante. Por eso, no sólo le interesa lo vivido, sino incluso y aún más lo no vivido –lo presentido, lo deseado, lo imaginado–, es decir, todo el imaginario, la trama de ilusiones y aspiraciones que un día, ya pasado, llenaron nuestra existencia.

Siguiendo a Bergson, es justamente gracias a la memoria, que es la duración de la conciencia, "como nuestro pasado nos sigue en su totalidad en cada momento" y aquello que "hemos sentido, pensado y querido desde nuestra primera infancia, se encuentra

allí, inclinado sobre el presente". Casi todo cuanto existe en la lírica de Machado, está en la medida en que ha sido evocado, capturado en la memoria por una suerte de conjuro mágico que es precisamente la poesía, como escribió en el prólogo de 1917 a sus *Páginas escogidas*: "es la ceniza de un fuego que se ha apagado y que tal vez no ha de encenderse más". Hacer poesía es un don de la intuición que logra detener por un instante el tiempo... sin dejar de ser tiempo ella misma. La poesía es, como escribe en 1924,

> Ni un mármol duro y eterno,
> ni música ni pintura,
> sino palabra en el tiempo.

El camino de la memoria es, pues, el del regreso al origen, como quien remonta aguas arriba el propio curso de la vida hasta dar con su manantial. Allí está no sólo el fundamento de la identidad personal, sino también la dirección misma de la existencia. Nuestro ser más verdadero y profundo se encuentra en esa memoria espiritual, pero sólo recuperamos del pasado aquello que nos sirve para orientarnos en el presente. Se trata de una memoria que obedece al principio creativo de la imaginación, en la que se pone de manifiesto la recreación continua del alma, como se trasluce del consejo a sus alumnos de Juan de Mairena (heterónimo del Machado-filósofo creado en Baeza):

> Os aconsejo una incursión en vuestro pasado vivo, que por sí mismo se modifica, y que vosotros debéis con plena conciencia, corregir, aumentar, depurar, someter a una nueva estructura, hasta convertirlo en una verdadera creación vuestra.

Sentir el tiempo es el primer paso para poetizar, volvía a decirnos Juan de Mairena:

> ¿Cantaría el poeta sin la angustia del tiempo, sin esa fatalidad de que las cosas no sean para nosotros, como para Dios, todas a la par, sino dispuestas en serie y encartuchadas como balas de rifle, para ser disparadas una tras otra? (...) Vivir es devorar tiempo: esperar.
>
> (Consejos)
>
> Sabe esperar, aguarda que la marea fluya,
> -así en la costa un barco- sin que al partir te inquiete.
> Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;
> porque la vida es larga y el arte es un juguete.
> Y si la vida es corta
> y no llega la mar a tu galera,
> aguarda sin partir y siempre espera,
> que el arte es largo y, además, no importa.

Al evocar en sueños lo pasado, tratamos de llevarlo a cabo en sus mejores posibilidades. Lo que pudo llegar a ser, y no fue, lo que está pendiente de ser de aquel pasado, cabe ahora completarlo o consumarlo en la evocación-creadora. El lamento por el tiempo perdido se consuela así, inmediatamente, con la esperanza de su cumplimiento.

- ¡Cuán tarde ya para la dicha mía-.
Y luego, al cambiar, como quien siente
alas de otra ilusión: - Y todavía
¡yo alcanzaré mi juventud un día!

El tiempo perdido es el tiempo incompleto e imperfecto, que no llegó a su madurez, y por eso tiene que ser reactualizado en el presente, en su posibilidad más pura y originaria. En definitiva, la conquista por la memoria del tempo perdido, es tanto la actualización de los sueños e ideales del alma, como la inspiración de los mismos para dar plenitud al proyecto existencial (hacer bien lo que no se hizo). En Baeza, entre sus lecturas filosóficas y el aprendizaje de las lenguas clásicas, don Antonio abre un paréntesis para una novedad literaria que puede leer en un francés que ya le es familiar: *Por el camino de Swan*. En esta ciudad que se agrisa húmedamente al atardecer, el mundo de Proust no desentona con su búsqueda personal del tiempo perdido.

Como consecuencia, una filosofía tan abiertamente optimista y esperanzada con respecto al tiempo, tiene que admitir el principio de la modificabilidad del pasado (nada está irremediablemente escrito). El olvido tiene una función selectiva o discriminativa, que se desembaraza de lo superficial y accidental en beneficio de la esencialidad de lo vivido. Pero, al mismo tiempo, tiene una función purificadora, que depura y filtra el tiempo hasta decantar aquella experiencia no eliminable: la íntima emoción del alma ante el mundo:

Sólo recuerdo la emoción de las cosas,
y se me olvida todo lo demás;
muchas son las lagunas de mi memoria.

Finalmente, el recuerdo también se proyecta al futuro, se alarga y amplifica en esperanza, al asumir lo sido como condición para seguir siendo: no hay ninguna expectativa bien fundada que no se alimente de la energía que libera lo pasado.

A su vez, la esperanza salva la memoria, en el sentido de que la recrea pretendiendo subrayar y hacer cumplir todas las mejores posibilidades de nuestra historia pasada.

Como vemos, aunque Machado siente y piensa el tiempo desde la primacía del pasado viviente, no excluye, sino que más bien exige, la vertiente de futurización, pues donde no hay futuro, allí no palpita la vida. El tiempo interior cuando tiende al futuro es un tiempo de espera. Pero la actitud de espera, por sí sola, está siempre dominada por la angustia, al estar continuamente pendiente de un cumplimiento que es incierto y que puede verse interrumpido por la llegada de la muerte. Sin embargo, mediante la invocación de la esperanza, la espera cobra sentido y valor. La espera se hace esperanza cuando se espera hacia la vida y deja de ser un pasivo aguardar/temer la muerte, el último y seguro fin.

La más refinada expresión de la esperanza se encierra en los versos que escojo como cierre de este acercamiento a su interpretación del devenir del curso de la vida. Son aquellos versos emocionados que le brotan al contemplar la rama reverdecida en el viejo olmo seco junto al río, creencia y energía poética contra lo que se resiste a no ser de nuevo y para siempre:

> Mi corazón espera
> también, hacia la luz y hacia la vida,
> otro milagro de la primavera ▪